A close-up photograph of a person's face, showing their eyes and nose. The person's skin is a warm, brownish tone. Several large, clear tears are visible, falling from the eyes and down the bridge of the nose. The lighting is soft, highlighting the texture of the skin and the glistening of the tears. The overall mood is one of deep emotion or grief.

Pregón de la Semana Santa  
Utrera 2015

Alberto García Reyes

PREGÓN  
DE  
SEMANA SANTA  
DE  
UTRERA

PRONUNCIADO

EN EL

TEARO MUNICIPAL ENRIQUE DE LA CUADRA

EN LA MAÑANA DEL DOMINGO DE PASIÓN,

DÍA 22 DE MARZO DE 2015

POR

DON ALBERTO GARCÍA REYES

**Edita:** Consejo de Hermandades y Cofradías de Utrera

Excmo. Ayuntamiento de Utrera

**Fotografías:** José A. Fernández Bernabé

Paco Álvarez

Eduardo Trelles

Pepe Florido

**Maquetación:** Pepe Florido

**Imprime:** Utrera Gráfica

**Depósito Legal:** SE-2713-11



CONSEJO DE HERMANDADES Y COFRADÍAS DE UTRERA

EXTRACTO DE LA PRESENTACIÓN  
MANUEL CURAO

Cada vez que recorro la distancia que van desde la esquina de la calle Molares a la casa de don Domingo Ramos Picón me pasan por la memoria los siete años de interno en el Colegio de los Salesianos de esta Utrera que llevo en el alma. Alberto García Reyes nació en 1977, el mismo año que dejé el Colegio al terminar un curso de COU glorioso con el que despedíamos aquel primitivo sistema de bachiller. Y las casualidades de la vida, sería en el mismo Colegio una de las noches que El Potaje Gitano me devolvía a sus patios, donde conocí a nuestro protagonista.

Después el flamenco nos ha llevado, durante más de quince años, por terrenos profesionales comunes y de complicidad que ha desembocado en una sincera amistad que hoy me compromete de forma entrañable con su presentación como pregonero de la Semana Santa de Utrera.

Y es que el flamenco está entroncado en la vida de Alberto García Reyes de una forma especial por su afición a la guitarra, hasta el punto que se pagó los estudios tocando por ferias, bodas, bautizos y comuniones con un grupo que se llamaba Macandé y en el que acompañaba a Manuel Lombo. De estas peripecias de chavales aventureros pasaron al Grupo de Danzas de Dos Hermanas, con el que viajaron por medio mundo.

Su esposa Rocío Romo - entonces novia - fue la que le rellenó la solicitud para entrar como becario en ABC. Lo llamaron y le hicieron la entrevista dos días antes de un viaje previsto con el grupo a Brasil. Le dijo al director del periódico, Manuel Ramírez, que tenía que responder allí mismo porque en función de eso suspendía el viaje. Ante lo extraño del caso, le preguntó que para qué iba a Brasil. Le contestó que para tocar la guitarra. La respuesta fue determinante para que ingresara en el diario como colaborador de la sección de Cultura, donde poco después se hizo cargo del apartado de flamenco.

La guitarra ha sido su compañera de viaje desde la infancia por la afición de su padre y su abuelo al flamenco y por la posibilidad de aprendizaje en su Dos Hermanas de origen con el maestro Luis Franco y luego su hijo, Paco Jarana. Aprendió a tocar en la barbería de Azuquita un guitarrista de ocasión que formó un trío al que bautizó el agente artístico Jesús Antonio Pulpón como “El trío desayuno”, Azuquita a la guitarra y al baile Magdalena y Cafelito.

Hoy día el periodista Alberto García Reyes forma parte de la élite de la profesión. De un escalafón reservado a la selecta nómina de profesionales de raza cuyos trabajos de investigación, sus reportajes, entrevistas y artículos de opinión son seguidos por la incidencia que tienen en la vida política, cultural y social.

La crítica es un género periodístico con unas reglas difíciles de atender en el flamenco, primero porque es un arte muy particular y porque la crítica se hace en la mayoría de los casos desde fuera de la profesión. Por eso la consideración de Alberto García Reyes es tan especial y fuera de lo común, porque la crítica no la entiende como manifestación de sensaciones ni de la particular relación con el artista ni del estado de ánimo del momento y menos aún como una gratuita exhibición de conocimientos.

Son críticas enmarcadas con un ejercicio literario que acompaña al difícil análisis de algo tan personal como es el arte flamenco. No empuja al vacío ni encarama al cielo de los piropos si no es con un análisis que permita subir el terraplén a quien resbala y hacer ver la escalera de vidrio por la que sube el éxito a los triunfadores... Y es que Alberto -como dicen de los sabios- tiene un viejo en la barriga.

Entre su condición de becario guitarrista con la que entró en el periódico y su doctorado actual, tiene una etapa -por la que deben pasar los periodistas de verdad- de calle, de gastar bolígrafo, libreta y suelas de zapatos por igual. Alberto tiene dos trienios de periodista de la primavera sevillana. Las calles de la Semana Santa, el albero de la Feria y los caminos del Rocío... Todos los años es lo mismo pero

hay que buscar para contarlo nuevo y diferente... A la hora de elegir un momento, se queda en esta Semana Santa sevillana con el Gran Poder pasando de una sola zancada por delante del callejón Rubens, bocacalle de Conde de Barajas, viéndolo pasar con un amigo que es ciego y que le enseñó a escucharlo. Porque el Gran Poder se siente desde muy lejos...

Una vida agitada y cargada de emociones la de un periodista en Sevilla, entre otras razones porque personajes como Alberto García Reyes ejercen una polifacética actividad dentro de la profesión que no queda sólo en lo escrito. Agreguen a esta reseña curricular el programa “Flamenco” de Sevilla Televisión que dirigió y presentó entre 2002 y 2008 y las obras “Guía del Flamenco de Andalucía”, editada por Turismo Andaluz y la biografía de la bailaora Pepa Montes.

Estas aventuras profesionales lo llevaron a dirigir el primer periódico diario de flamenco que se publicó en internet, a coordinar la actividad de comunicación de la bailaora Eva Yerbabuena o a dar conferencias sobre el género en ciudades como París, Londres, Nueva York o Tokio.

Desde el año 2007 es columnista de opinión de ABC de Sevilla, fecha en la que desgraciadamente heredó la columna de Manuel Ramírez Fernández de Córdoba como consecuencia de su repentino fallecimiento en Talavera de la Reina. El director del periódico, Álvaro Ybarra, le confió ese espacio, en el que ha publicado sus opiniones con total libertad desde entonces.

En aquel momento también pasó a formar parte de la plantilla de la sección de Sevilla del periódico, centrando la principal actividad profesional en la información de actualidad de todo tipo.

En 2010 ganó la XI edición del premio de artículos periodísticos Joaquín Romero Murube, que habían obtenido firmas como Antonio Burgos, Carlos Herrera, Manuel Alcántara, Arturo Pérez Reverte, Juan Manuel de Prada... Fue por un artículo en el que denunciaba el veto a un acto literario dedicado al escritor Agustín de Foxá por su condición de falangista. En él explicaba a su hijo que hay que saber

distinguir entre el talento artístico y la ideología y que no es sano que por tener ideas contrarias no sepamos valorar la calidad de un autor.

En 2012 ganó el premio nacional de Periodismo Vocento por el caso Mercasevilla y los ERE.

Cuando desde Utrera recibió la llamada de Manolo Peña pensó que era para algo relacionado con el Potaje, que era lo normal, nunca que fuera para comunicarle que había sido designado pregonero de su Semana Santa. Fue una sorpresa cargada de gran responsabilidad, que había que combatir con un profundo trabajo de campo e investigación, visitando hermandades, hablando con su gente, conviviendo con los hermanos y responsables... Buscando inspiración. Un trabajo muy periodístico y literario, porque al fin y al cabo un periodista es un pregonero de lo que sabe y averigua a diario.

Se le vino a la memoria la última vez que subió con Bernarda del brazo al escenario del multitudinario Potaje dedicado a Alejandro Sanz. Y memoria infantil de una larga cola en la confitería de Cordero esperando las lenguas de nata: Cordero de Utrera que endulzas el pecado del mundo... Contraste del indescriptible paladar de un plato de aceitunas gordales; cercano al tacto de las manos de Pitín tocándole a Gaspar, y al sonido que sacan los campaneros -Ay! Campanas de Santa María- el día del Corpus. Los cinco sentidos de una Utrera con el olor de la humedad que se respira subiendo por las escaleras a la torre del castillo. Y para la vista, nuestro pregonero se queda con la imagen del techo mudéjar del Santuario de Consolación, que es cielo especial que esta ciudad construyó para la Virgen.

Fruto de estos meses de estrecha relación con Utrera, sirva como detalle la medalla de hermano de Los Gitanos que en cuaresma le impuso Juan Peña Narváez, egregio hermano mayor,

Cuando el pasado día cinco le entregaron las pastas de su pregón en un acto protocolario que acuña el compromiso de hoy, me confesó que se sintió como si lo dejaran en medio de El Toruño enfrente de un Pedraja que se le arranca...

Ahora abrirá las pastas del orfebre Villarreal, como un capote de plata y terciopelo verde, para templar una faena de profundidad en el mensaje de calado cristiano. Un pregón de compromiso, que nos pasea por una Utrera muy especial, cargado de detalles que forman parte del hervor de sensaciones que ha acumulados durante semanas ... Un pregón que después de escucharlo nos pedirá el reposo de su lectura...

PREGÓN  
DE  
SEMANA SANTA

*A mi padre, que es mi soledad, y a su padre, que fue mi devoción.*

*A Manolo, David, César y Javier, que han sido los ojos con los que he visto Utrera.*

*A Rocío, Alberto y Blanca, que son las llagas en las que mojo mi pluma.*





Fernanda, dame la mano.

Cantaba la Fernanda, esa alondra malhería que con su cante muriera, pregonera mayor de Utrera en el mundo, esta letra por soleá:

Yo tengo un hijo perdío  
y si Dios no lo remedia  
yo voy a perdé er sentío.

Qué otra cosa es la Semana Santa sino la queja honda de los católicos por la pérdida del Hijo, rincón de nuestra Fe que esta ciudad encala, como un postigo por el que se entra a sus verdades, con la salud de la misericordia. Ese Niño Perdío que arrulla la patrona para que nos salve con su barquito del naufragio del Hombre, callejón de los juicios que desemboca en nuestra conciencia cristiana, es la única razón que nos consuela. La única Consolación. La Consolación de Utrera. La de los Padres Mínimos del Niño Perdío que bajo los lunetos del santuario, vestida de lacería, nos trae por los olivares a este tránsito del Hijo de Dios desde su entrada en Jerusalén hasta la Resurrección.

Madre de Consolación,  
préstame tu poderío  
para el miedo que me asedia  
y la duca que intermedia  
entre tu pecho y el mío.  
Señora de los olivos,  
de los júbilos primeros,  
de los misterios postreros  
y de los ojos furtivos.  
Madre del manto de cielo  
bordado de hilo de hambruna,  
la de la mano de cuna,  
la del bajel y el pañuelo.  
Virgen negra bizantina,  
divinidad del peral,  
de ráfaga boreal,  
de septiembre trasmarina.

Señora de mi deriva,  
velero de Vera Cruz  
y remo del andaluz,  
redentora fugitiva.  
Giganta del camarín  
de infanterías navales,  
la de los vientos fluviales,  
patrona de bergantín.  
Viento que empuja las velas,  
locura conquistadora,  
valiente y descubridora,  
mástil de las carabelas.  
Costilla de galeón,  
capitana de corbeta  
y proa de la goleta  
que siempre lleva el timón.  
Ola que rompe en la playa  
que divisa tu fragata,  
Consuelo que se desata,  
suspiro que me desmaya.  
Consolación, mi farera,  
nave de cristal de roca,  
ponme tu norte en la boca  
y en este atril ponme a Utrera  
que hoy busco al Hijo Perdío  
pregonando su tragedia  
y si Dios no lo remedia  
yo voy a perdé er sentío.

Arcipreste de Utrera y director espiritual del Consejo, don Joaquín Reina Sousa; excelentísimo alcalde de Utrera, Francisco Jiménez; presidente del Consejo de Hermandades y Cofradías, queridísimo Manolo Peña, y miembros de la Junta Superior; hermanos mayores de las hermandades sacramentales, penitencia y gloria y presidenta de la Archicofradía de María Auxiliadora; cristianos, cofrades, nazarenos, banda “Ciudad de Utrera”, cruz de la Vera Cruz, penitentes, capataces, aguaores, tíos de la caña, monaguillos, costaleros, papas con chocos de El Pertiguero, admiradores de los pasos en la calle, zapatos nuevos, rozaduras de los talones, vestidos de estreno, túnicas, capas, colas, capirotes, quiosco de Gregorio, puesto de las papas fritas de la Vereda, cruces de la basílica salesiana, faroles de San Bartolomé, veladores del Casino, “pescao” frito del Navero, “arvellanas” de Gómez Mier, almenas del castillo, depósito del Tinte, tablajeros de la plaza, andamios de la Casa Surga, locuras del Doña Juana con botellines costaleros y el carrito de “ancá” Barea meciéndose con Rocío, guitarra pintora de Pitín, callejón Bohórquez, bulería del Turroneo, alhóndiga de las mujeres, humo del Sahumerio, puño de la Bernarda, Vía Marciala, vía del tren, Calle Nueva, viejo muro, carmelitas, hermanas de la Cruz, hospitalito de la Santa Resurrección de Catalina de Perea, arco de la Villa, toritos del Toruño, puente de la Alcantarilla, Enrique de la Cuadra, capilla de los Dolores, murallas, gubia de Ruiz Gijón, sainete de los Quintero, remate de la Serneta, pringás de los potajes, torrijas de Juanito, estraza de los mostachones que se bebe la cera de las capas y presentador de este acto. En ti me paro, Manuel Curao, porque tengo la necesidad de contar antes que nada mi fortuna y mi suerte. Doy gracias al cielo y a quienes me designaron para esta hora grande de Utrera porque yo también soy un hijo perdío que tiene que ir encontrándose por la vida. Y tú has sido una de mis estrellas, Manolo. Eres mi maestro y también mi amigo. Maestro y amigo. Por eso cuanto yo diga hoy en este atril lleva tu sello, es tuyo también. Y por eso arranco con una frase de tus evangelios cotidianos. Me dijiste una vez, amigo y maestro, esta sentencia: “Hay que vivir porque, al fin y al cabo, nos vamos a morir al revés”. Esto va por ti y por las tres verdades infinitas que tengo en mi casa: Rocío, Alberto y Blanca, los tres versos que he escrito con la tinta de mis venas, mis tres perdiciones, mis tres desvelos, mis tres razones,

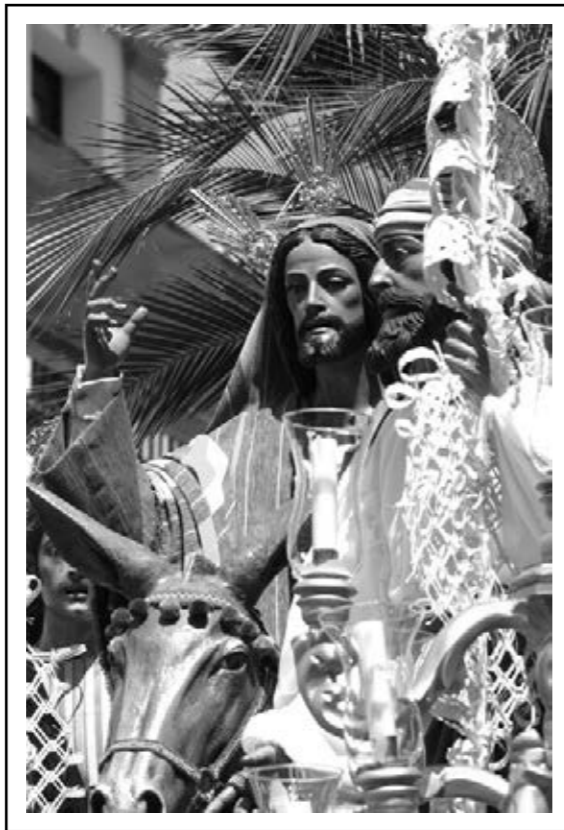
mis tres amores. He cogido mis cuartillas durante estos meses para escribir desde mi celda de Sevilla, la que me tiene preso en Semana Santa, las cosas que yo me pierdo de Utrera. Vengo a contaros mi pena. Y os juro que voy por derecho.

Nos vamos a morir al revés. Esta tierra nuestra ha cambiado el orden de la existencia. Aquí primero está la muerte y luego viene la vida. No hablo sólo de aquello que nos trasciende, sino de lo cotidiano. La misma cofradía de la Trinidad tricentenaria, la de las fatigas de la vega que trae a Jesús a Utrera desde la Fuente de los Ocho Caños para que sea recibido con palmas, lleva muerto al Cristo de los Afligidos por la tierra de Rodrigo Caro, el hombre que dio su vida para encontrar en Híspalis a los romanos que vejaron al Señor. Aquí la muerte se celebra aunque los muertos, como dijo Bécquer, se queden luego tan solos. La muerte es un triunfo. Incluso una vía de escape. Eso que se lo digan al Pali, que de este sitio sabe tela porque abrió puertas y balcones y despertó a la calle Nueva “pa” ver lo que le pasaba a Consolación de Utrera. No quiero ni pensar cómo habrían sido las sevillanas que el de la silla de enea le habría hecho al Letra o a Manolo Beatle. El trovador de Sevilla tenía el vicio de escaquearse cuando le escaseaban las ganas de cantar poniendo como excusa que se le había muerto alguien. Y un día se le fue la mano. Estaba lampando por una fuente de papas “aliñás” y tiró por la calle del medio. “Señoras y señores, voy a tener que aplazar la cosa porque me acaban de decir que se ha muerto mi gran amigo el bailaor Cafelito y no tengo ánimo de cantar”. Cafelito era un artista buscavidas al que Pulpón le había dado faena junto con la bailaora Magdalena y el guitarrista de Dos Hermanas Azuquita anunciándolos como el Trío Desayuno. Qué arte más grande: Cafelito, Azuquita y Magdalena. Como en la sala había varios periodistas, detalle en el que no había caído el de las gafas de culo de botella, que ni endicaba ni quería, la noticia de la muerte de Cafelito salió publicada en los periódicos al día siguiente, de manera que cuando estaba el Pali esa tarde en su casa, con las puertas abiertas para que entrara el fresquito que necesitaba su diabetes, oyó a alguien en el zaguán y preguntó: “¿Quién anda ahí?”. A lo que Cafelito, sano como una pera, le contestó: “un muerto que viene a acordarse de los tuyos”.

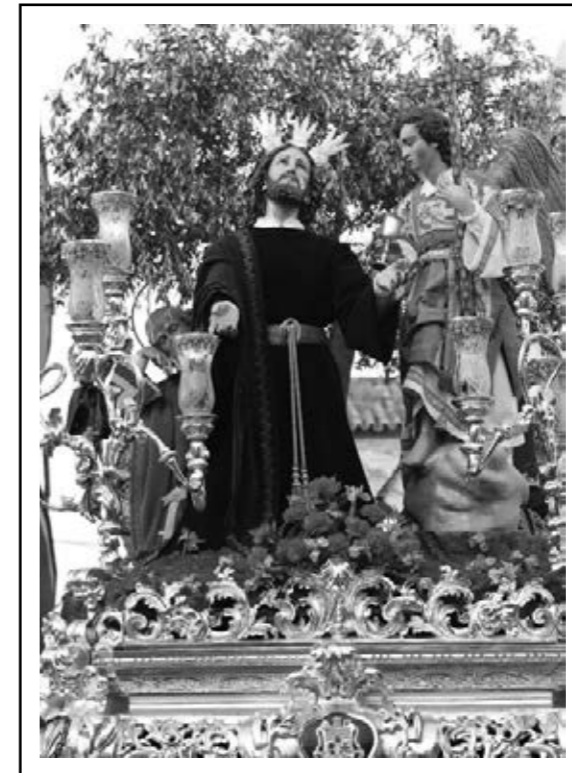
Esta historia es, más allá de la gracia, puro ascetismo. Porque quién no se acuerda de sus propios muertos viendo muerto al que habrá de resucitar. Quién no se acuerda del Corpus de Pepe Cela viendo a Cristo sin latido bajo las campanas. Quién no ha entendido la vida contemplando la muerte de la Quinta Angustia cuando el Domingo de Ramos nos salva de nosotros mismos la expiración del Señor en brazos de su Madre a las puertas de Santa María.

Campanas que proclamáis  
a Dios en vuestro volteo,  
parad un rato en balanza  
que ha salido Cristo muerto  
a la orilla de la Plaza  
y está pidiendo silencio.  
Que callen los nazarenos  
con azules antifaces,  
que callen los incensarios,  
que callen los capataces.  
Que no se escuchen susurros  
ni se sientan los andares  
de la cuadrilla que lleva  
al Señor de los pesares.  
Ni los balcones de trova,  
ni la Piedad en su descuadre,  
ni el crujir de la caoba  
en su levantá más grande,  
ni San Juan Evangelista,  
ni lo que queda de sangre,  
ni la Magdalena altruista,  
que no se escuche ni el aire,  
que están las campanas listas,  
que todo el mundo se calle.  
Quieta, Santa Catalina,  
tintín de la Humanidad.  
Cristo de la Caridad,  
pon al repique sordina

porque Pepe el Campanero  
está en tu torre divina  
volteándola en su vuelo  
tocando el dindón de arriba  
con sogas de violonchelo,  
que aquí no se ha muerto nadie,  
Señor del Descendimiento,  
ni en el Domingo triunfante,  
ni en el Santo Sacramento,  
ni en los brazos de su Madre,  
ni en las campanas al viento.



A la hora del bacalao, que aquí además del estandarte es una pa-  
vía del Alonsi y la plaza de la cárcel vieja reflejada en un vermut del  
Bar Limones, lleva la Piedad a su Quinta Angustia en los labios y al



Hijo Perdió en las manos. Muerto justo después de alumbrar su en-  
trada en Utrera desde la Trinidad con palmas como cirios encendidos  
derritiéndose sobre las capas, que son el tiempo colgado en los salo-  
nes de las casas. Proclamación y cruz. Cristo yace aquí la misma tarde  
que reza en el huerto de Getsemaní. Y desde allí le llora la Madre de  
los Ángeles en su Soledad. En mi soleá.

San Bartolomé del Huerto,  
Trinidad en su Borriquita  
y en Santa María muerto.

Esa medida del tiempo de esta campiña me la enseñó Gaspar  
cuando fue a grabar su último disco. Delante del micrófono, le dije-  
ron: “Gaspar, piénsate bien los cantes, que hay que hacer un disco de  
una hora”. Y el gitano contestó: “Una hora la grabo yo en cinco minu-  
tos”. La eternidad aquí es un rato. Niños que vienen desde hace tres



siglos y ancianos que se van en la Quinta Angustia, que sale antes que la Angustia primera, la de Jesús Nazareno. Muchachos y Estudiantes con la longevidad sobre sus escudos. El tiempo no se mide aquí como en todas partes porque ni tiene medida ni tiene tiempo. Por eso el largo recorrido del Lunes es tan corto. Porque el único tiempo que aquí tiene hora es el del Perdón de Dios. El del Cristo que trae la muerte en la boca desde el santuario y todos los años, al verle ese gesto de estertor que es como la llama muriendo en su propia cera, escucha a uno que se dice en el Paseo por lo bajini lo que los viejos de Triana le susurran al hijo perdío de Ruiz Gijón: “Al Altozano no llega vivo”.

Ay, Perdón agonizante,  
cómo luchas con la muerte  
como se pelea el cante.

Das gañafones al viento  
y le estás haciendo llagas  
a la esencia del lamento.

Costaleros, no paréis,  
que no puede llegar muerto  
sin que lo proclamen Rey.

Muchachos de su consuelo,  
llevadlo ya hasta la plaza  
antes de que venga el duelo.

Llevadlo con esplendor,  
que está la gente esperando  
el Perdón del redentor.

Subid a las azoteas  
si queréis verle la cara  
que la tarde le broncea.

Qué luz lleva en el sudario  
por la oscuridad del parque  
al final de su calvario.

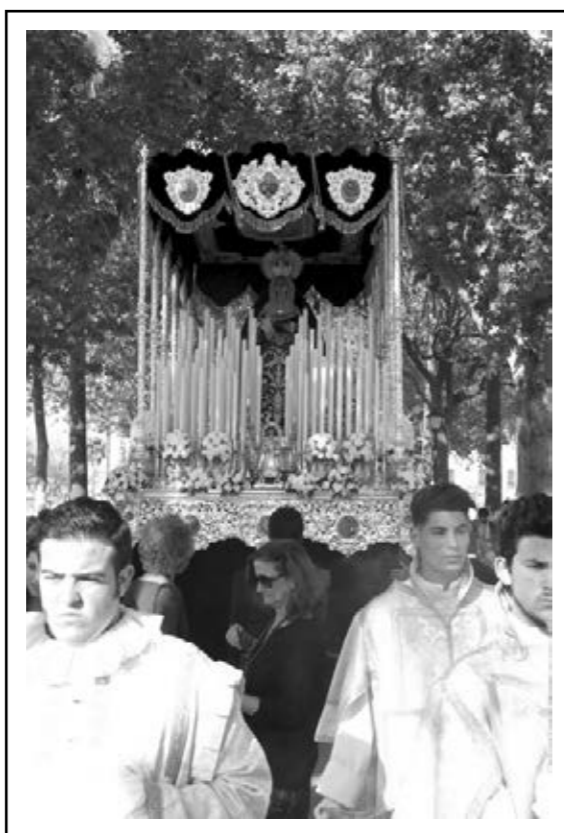
Cuánto Perdón y agonía,  
cuánta Amargura llorando,  
qué dolor de cofradía.

Perdonadlo cuando muera,  
Muchachos de telas negras,  
fundido como la cera.

Perdonadle los sudores  
Como Él perdona al dolor  
Muriéndose en estertores.

Perdonadme mi revuelo  
cuando le miro los ojos  
reflejándose en el cielo.

A los Muchachos de Consolación se les va muriendo la tarde como se le va la vida a su Cristo. Con Amarguras. Y por alguna razón que yo no alcanzo con mis manos, los imagino con paso de lira. Ahora corto. Ahora largo. Un ritmo en el que a veces, sin darnos cuenta, nos retratamos ante su atroz expiación cuando mientras Él se retuerce en sus jadeos a la vera misma de la muerte, le decimos al amigo que nos ha traído en volandas: “Ojú, quillo, no vayas tan ligero que me duelen los pies”. Ese Hombre ahí en su cruz reventando, prendido, azotado, cargado, clavado, atravesado y ofendido, y a ti te duelen los pies. Vamos a dejarnos de llorar por minucias, que la memoria va trayendo al



asiento de los capirotes mil historias de dificultades y un capítulo de odio que, en este paseo que hago con libretilla de periodista, tratando de contar lo que no he vivido, me traigo hasta la portada de mi pregón, que es donde está la noticia clave. A la Virgen de los Muchachos, la de la carita de pitimini, quisieron llevársela por delante los que no creían. Entraron en la casa de doña María Mateos y abrieron la caja en la que se refugiaba. Pero la ignorancia de los verdugos la salvó. La confundieron con una muñeca y se fueron. No tenían sensibilidad para otra cosa. Este episodio, por desgracia, no es aislado. Ahora que nos asuela la amenaza de quienes tratan de imponer sus creencias a la fuerza, hemos de aferrarnos más que nunca a la nuestra. Y practicar su mensaje. La tolerancia. La libertad. El amor al prójimo. El perdón. Si existe otro dios, seguro que es hermano de Dios. Seguro que Dios lo protege. Y seguro que ese alumbramiento por el que los radicales matan condenará a esos ignorantes a padecer el amor de nuestro Señor. Ninguna pena es tan dura para quien odia que la de ser amado. Ninguna virtud supera a la de amar a quien nos odia. Que la Virgen de la Amargura, obrera del apostolado, les dé su amparo también a esos hijos perdidos que en lugar de hablar de las glorias de su Dios lo maltratan reduciéndolo al filo de un cuchillo. Si una vez Ella obró el milagro de vencer a los anticlericales, creamos también en su poder contra todo fundamentalismo desde su cielo mudéjar hasta el castillo protector de la Banda Morisca. Por eso en una lira de Ziryab, con música andalusí, recuerdo ahora aquella historia. Por si sirve de consolación.

Entre el arpa y la lira  
que suenan de mi boca en aljamía,  
el sonido delira  
en silente algarabía  
de abadies, moecines y judías.

Perdónalos, Señor,  
y cántales tus músicas omeyas,  
oh, Tú, conciliador,  
que juzgas las querellas

de sultanes que huyen de tus huellas.

Perdona a los ateos  
que abrieron el baúl de tabla hueca  
de doña María Mateos  
y vieron una muñeca  
con risa amarga y lágrima seca.

Retorcida cintura  
que expone su agonía redentora  
con llanto de Amargura  
y tarde que enamora,  
perdónala, Señor, cuando te llora.

Perdóname, Señor, tantas lágrimas. Pero es que tengo un Hijo Perdío. Esa es mi queja esta mañana de tu anuncio. Lloro por él porque me enrabia su rabia mientras lo voy paseando de costero a costero por mis palabras. Yo tengo un Hijo Perdío y ahora ya no sé si ha nacido siquiera. Yo, que tanto creo en quien dio su vida por nosotros, no entiendo las casas de expósitos de los vientres. Soy cautivo de todas las contradicciones pero no de mi silencio. Yo sé de lo que hablo porque tuve un Hijo Perdío y Dios me lo remedió con su Amor infinito. Esa es su enseñanza. Que la vida es una vereda que unas veces andamos bajo palio y otras veces descalzos. Y que los golpes te enseñan a amar mejor, una lección de pupitres salesianos que viene dando el romano de Itálica para que aprenda en el colegio de Utrera que su lanza hiere más nuestros costados que el de Cristo.

Quintilla de los Quintero,  
Quinta la de Salvador,  
la quinta de costaleros  
y un quinto de los tinteros  
por el Cristo del Amor.

Don Bosco que pones sedas  
en la lanza del romano

por las tristes arboledas,  
enséñale las Veredas  
y que levante la mano

como un estudiante viejo  
de la quinta de Trajano  
que se mira en el espejo  
del Salvador del cortejo  
del Colegio Salesiano.

Hemos aprendido tanto sobre nosotros mismos que se nos ha olvidado amar a los demás. Por eso lo primero que enseña el Cristo a sus discípulos salesianos, herido por la lanza de Longinos, es el Amor de Dios. Enseña que el dolor verdadero no se sangra por una llaga, sino que se padece en cada uno de nosotros. En nuestros hijos, que han de ser nuestra perdición. Dios nos enseña a educarlos sobre un lecho de principios firmes, valores innegociables y amor sin altanerías. Una educación sólida en la que importa tanto el conocimiento como el sentimiento. Una educación que, por desgracia, es cada vez más un acto de fe cuando habría de ser una consecuencia de ella. En esa mesa tenemos que sentarnos a la última cena para solucionar esta crisis. En



la de los trompitos de Pepe Méndez que los discípulos salesianos se han repartido siempre, vestidos de rabanitos, más como alimento del alma que del cuerpo. Mucha gente hoy, demasiada, necesita comer y esa tragedia no puede darnos sueño. Pero aún más gente necesita alimentarse la razón, tan escuálida en estos tiempos que anhela caminar por las Veredas del Amor de Dios. Señor, ¿cómo crear una Cáritas para dar abrigo al frío de la ignorancia, de la vileza y del egoísmo? ¿Cómo, Señor, ayudamos a los hijos perdidos que tienen más hambre en la cabeza y en el corazón que en el estómago? ¿Cómo, sino a través de Ti?

Amor muerto, Roma en furia,  
Dios sin hálito y en vilo,  
Rey de reyes sin asilo,  
Padre eterno de la curia.  
Multiplica los rubíes  
del manto de dolorosa  
-raíz cuadrada de rosa-  
y suma los alhelíes  
que elevan a tu cubismo  
la ecuación de los varales  
en la cuenta de tus males:  
la solución es tu abismo.  
Tú no restas, multiplicas,  
no divides, sino sumas,  
cuántas lanzas, cuántas plumas,  
ni te quejas, ni replicas.  
Sobresaliente, Señor,  
cum laude, Vereda nuestra,  
por esta clase maestra  
con matrícula de honor  
sobre cómo se demuestra  
que el que enseña es el Amor.

El Amor enseña a los niños aceituneros, blancos niños del barrio de Santa María, otro de los arcanos de Utrera, de su particular forma

de medir la vida, que yo siempre digo que aquí se mide por soleá. Decía la Serneta:

Sale el sol cuando es de día  
y pa mí sale de noche:  
hasta el sol va en contra mía.

Presumes que eres la ciencia  
y yo no lo comprendo así  
porque siendo tú la ciencia  
no m'has comprendió a mí.

A la Virgen de la Paz le robaron este invierno un broche de plata de su fajín que le habían regalado los misioneros claretianos. Era un sol que alumbraba desde su cintura a los chiquillos de su cortejo. Era su misión. Iluminarnos. Pero algún presumido que no ha comprendido su suplicio y su pesar se ha arrebatado a sí mismo la ciencia de nuestro credo. Si no se ha conmovido ante su rostro torcido antes de cumplir sus malas intenciones, ese sol no hará más que oscurecerle el camino. Para él sale de noche. Porque nadie que en nombre de la ciencia se crea superior al poder de María ha comprendido nada. Por eso yo quiero ahora ver a la Paz en su desconsuelo, doblando yo también mi cabeza para entenderla mejor, recibiendo el sol de los Miércoles cuando al expirar la tarde se tiñe de plata la blancura de su palio. Y en este compás de palmas sordas que traigo desde el Domingo le canto a pie de calle, desde mi lejanía, mi victoriosa derrota:

La Paz de los olivares  
lleva el sol en el fajín  
y la tiniebla en el talle.

El ladrón que roba el sol  
no puede vivir en paz  
ni consigo ni con Dios.

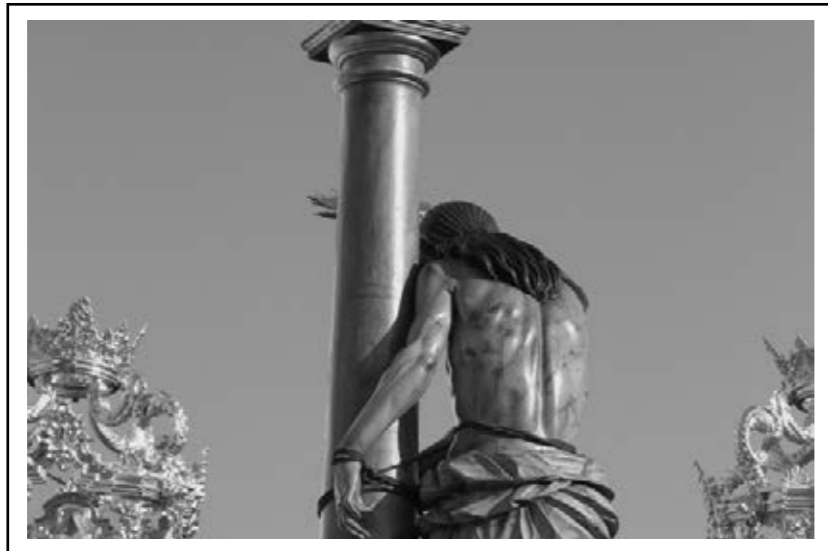


La joya de tu cintura  
es el brillo del rocío  
y el sol que lo besa a oscuras.

Sin el fulgor de tu astro,  
el que pierde la contienda  
es el que pierde tu rastro.

Paz que no tiene trincheras,  
eres guerra en mis adentros  
y me rindo, Aceitunera.

Me pierdo y me venzo en estos azotes que nos da la vida. Nadie como el Aceitunero, el de la cofradía blanca, la “Hojiblanca”, sabe que los latigazos que más duelen son los que se reciben a solas ahí arriba. Ese Jesús al que nos atamos en los medios de la Semana Santa es el azote de nuestra cobardía porque va sin verdugo, solo consigo mismo, azotado por cualquiera de sus hijos perdíos. Él varea los olivos de nuestra fragilidad para recoger el fruto de Dios por nosotros. Tiene ya la muerte anunciada a trazos impresionistas de sangre en su espalda. Y nos exige ternura. Que lo miremos como Dimas, el Buen Ladrón,



en su pesadumbre. O que cambiemos la historia de Gestas por la de Villarín, porque a veces en el no querer mirar está la mayor forma de adoración.

Villarín era un jugador del Betis de finales de los cuarenta que tenía en el pie un guante fino de alfarero de Triana. Después de muchos años dejándose el alma por el escudo de las trece barras de sus entretelas, y de las mías, vino a retirarse a Utrera. Lo que no sabía es que en el año cincuenta los de Heliópolis acabarían coincidiendo con el equipo mostachón en Tercera División. Y allí se vio Villarín jugando contra sus colores. El partido iba dos a tres para el Betis cuando el árbitro, faltando unos minutos, pitó una falta a favor del Utrera de las que Villarín no fallaba. Vaya dilema. Ese hombre puso el balón con tranquilidad en el suelo, fijó la portería y le pegó con algodón. Y cuando vio que la pelota pasaba la barrera y cogía camino de la escuadra se dio la vuelta y se tapó los ojos para no ver cómo le empataba a su Betis. Tuvo que ser aquí, no podía ser en otro sitio, donde el Mal Ladrón cambiara su sino. En Utrera no mirar es un gesto de afecto, no de desprecio. Por eso yo me di la vuelta ante el Aceitunero cuando le miré la cara, avergonzado de su soledad, y el viento me trajo del cordel de una azotea esta retahíla de piropos tendidos al sol y esta queja agria contra el judío que no tiene valor de subirse ahí a que lo veamos, ese sayón que le cruje la espalda sin dar la cara. Señor, ¿cuántos fariseos como ése que te maltrata y se esconde hay entre nosotros?

Flagelado jornalero  
en el tronco de un olivo  
que en Santa María alumbran  
dos ángeles lampareros.  
Columna de los cristianos  
atada al respiradero  
de los aires utreranos,  
mármol de maniguetero,  
blanco esquimo diocesano  
y del Señor el Cordero  
que vende en el Altozano  
merengues de pastelero

para endulzar lo inhumano  
del látigo justiciero  
que va agitando un fulano  
metido en un burladero  
con ínfulas de tirano  
y desmanes de fullero.  
Súbete arriba, judío,  
y sal ya de tu agujero,  
no dejes solo al tronío  
doliéndose en los costeros.  
Mira la garra gremial  
de su cansancio campero  
y la luz de su fanal  
y el vahído lastimero  
de manzanilla y gordal  
muriéndose en el mortero  
con arbequina y picual,  
que va dejando un reguero  
del aceite del grial  
en los hermanos señeros  
que están atados al mal  
de su Dios Aceitunero  
en su martirio final.

A ver cómo lo explico yo. La extenuación del Señor es aquí dulce, no amarga, porque para nosotros la penalidad es bella, la tristeza es hermosa, la melancolía sabe a canela. Como dice mi amigo Rogelio el de Trifón, tabernero honoris causa de Sevilla que le puso flores de Toranzo en su peana a la Piedad del Baratillo, ante nuestros pasos nos lo pasamos tan bien que nos hartamos de llorar. Otro tabernero de categoría, que abre la primera besana del Jueves, nos enseña aquí la hermosura de la fatiga cuando en el Arco de la Villa se ponen los pechos de los costaleros por los suelos y se arrastran por su Virgen de los Desamparados. El que no se arrastre por su Madre, que se vaya ahora mismo. Porque igual que hay penas hermosas, hay humillaciones buenas. La Trinidad lleva tres siglos buscando ese arco por el que



entra a la Utrera vieja, la de los muros, desde la Resolana. Y ahí mezcla todos sus sabores.

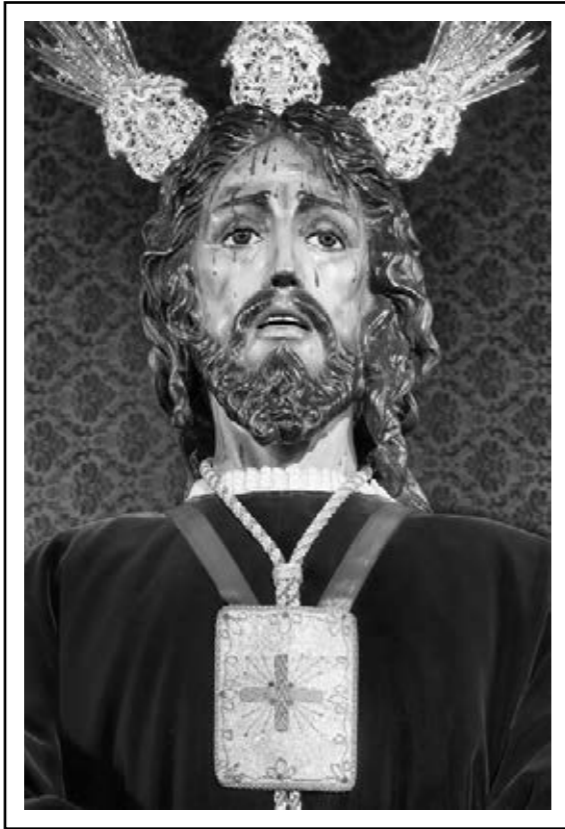
Le pasa lo mismo al Silencio de Santiago. Qué cautivo más callado, qué radiante resignación. Y qué extraordinaria contradicción otra vez. El muerto de la Trinidad viene con cornetas y tambores y el vivo de Santiago va con un sigilo espeluznante. Los del crucificado, vestidos de blanco y celeste. Los del detenido, con ruán negro. El cautivo suda sangre desde el Huerto a borbotones sin corona de espinas. El enclavado ya no sangra nada. Claridad en la tragedia y negrura en la esperanza. Yo no conozco ningún tabernero que sepa mezclar esos sabores como los mezcla el Jueves, que es una bizcotela de las que van pregonando por las calles los tíos de los pasteles, con la caja colgada del brazo, como el abacá de Manila de los Milagros, y el azúcar en su cantinela mirándole los ojos de caramelo a la Desamparada trinitaria.

Mostachones, petisús, lenguas de nata, brazos de gitano, bollitos de leche, capuchinas, milhojas, piononos, bombas, roscos de piñones y sultanas de coco, quién me las compra que las doy “regalás”. Quién me compra este buril, el cingulo y el senatus.

Hoy llevo la celosía,  
las varas y la bocina,  
y la mejor crestería,  
algo de alpaca divina,  
llamas de candelaría,  
un fleco de bambalina,  
un poco de canastilla,  
una cantonera fina,  
la peina con su mantilla,  
una marcha en esa esquina,  
la zambrana en la rodilla,  
el barniz y la resina,  
tinajas y escalerillas,  
capirotos y doctrinas,  
las enneas de la silla,  
el balcón de la vecina  
un querubín de mesilla,  
la masa de las tarvinas,  
el aguaor, las horquillas,  
una queja mortecina  
y un crespón en la capilla  
que es más negro que la endrina.  
Hoy llevo la otra mejilla,  
Quién me compra mi ruina.  
Vendo al Cautivo en Silencio  
con sus Lágrimas detrás,  
el esparto y los faroles  
sólo por la voluntad.  
Vendo al Señor Afligido,  
tres siglos de Trinidad,  
y el palio pasando el arco

por lo que me quieran dar.  
Vendo la plata del paso  
del Señor del Prendimiento,  
ángeles turiferarios  
y las cadenas crujiendo.  
Vendo todo el desamparo  
a la hora del relente  
y las lágrimas que manan  
de los caños de la Fuente.  
Vendo la voz que murmura  
entre el Silencio arrestado,  
vendo también la negrura  
del patrón de Santiago.  
Vendo el algodón del puesto,  
afligido en mi pregón,  
vendo los globos al viento,  
cautiverio y aflicción.  
Venga que estoy que lo tiro,  
que el género se me acaba:  
ni tiene precio el Cautivo  
ni la Trinidad se paga.  
Vendo la pena del Jueves,  
la doy por una limosna,  
quién la compra, quién la quiere,  
que estoy vendiendo la gloria  
y juro que en esta historia  
el que vende es el que pierde.

Pierdo porque estoy vendiendo la infinitud al raso, ese rato en el que el oro popular y la plata noble se retan a los pies de sus poderes y arrancan los dos, sin cruzarse nunca, en un mano a mano que se escucha desde la calle La Fuente a las escaleras de Santiago. Empieza la fiesta el Quemao, ese Cristo de los mil avatares que ardió hace justo medio siglo, maldita sea la efeméride, al que vi las cenizas de su costado en andas durante el Via Crucis con la uña de la luna tocando arpegios en mi hombro derecho, padre de todos los necesitados de



las afueras y de los adentros, y que, sin levantar la cabeza, le canta gimiendo al silente:

Eres, Redentor Cautivo,  
el portento más callado  
que haya visto el Afligido.

A mí me duele tu sangre  
cayendo sobre violetas  
por la frente de mi enjambre.

Y el Cautivo, impotente en su esclavitud y sin levantar la voz para no romper la regia música de la nada, le tararea al crucificado trinitario:

Porque ya me tienen preso,  
que si no te curaría  
las candelas de tus huesos.

Cristo de la Trinidad,  
Yo soy Cautivo de ti  
la noche de la verdad.

Y otra vez se arranca el Cristo en las fatigas dobles del arco:

Silencio que me cautiva,  
tan afligido me tienes,  
que no quepo por la ojiva.

Tronco de mi misma rama,  
a ti te prendió un tribuno  
y a mí me prendió una llama.

Y yendo los dos prendidos por los callejones desamparados, se pierde entre lágrimas la noche oscura de los cantes hasta el kikirikí que remata esta condena cuando doblan a muerto las campanas del Viernes en las dos torres de Utrera.

Yo no sé cuál es la primera, a mí que me registren, pero este permanente pique entre Santiago y Santa María, Santa María y Santiago, no vaya nadie a decirme que he puesto antes a ninguna, es el corazón que late en la boca de la gente aquí. El verdadero arte de Utrera. Hay papeles, dicen unos. ¿No ves que la arquitectura nuestra es más antigua?, esgrimen los otros. Y a partir de ese enfrentamiento sano, de esa hermosa discusión que acaba siempre en abrazo, comienza la exaltación suprema de la exageración. A mí han venido a buscarme durante estos meses unos y otros para llevarme a su terreno, pero yo me agarro aquí a la archiconocida historia del Melu de Cai, un matarife, tablajero para más señas, que se preciaba de ser el tío más flojo de España. Agustín se llamaba. Y se pasaba los días sentado en el casino, sin currelar, y con los bolsillos siempre caninos. Un día llegó un barco cementero al puerto gaditano que iba a llevar una carga a Canarias y

después volvía a la Tacita. Pero el capitán se encontró con un problema gordo que le impedía zarpar: el jefe eléctrico del barco cayó malo y tuvo que ser ingresado. En Cai se corrió la voz pronto y, en uno de esos alardes de solidaridad de la gente de allí, fueron a buscar al Melu.

-Agustín, ésta es la tuya. Corre p'allá y di que tú eres electricista de navíos de to la vida y que te embarcas, que están pagando el jornal mu bien y eso te va a quitá la jambre una temporá –le dijo uno de sus compadres.

-¡Pero cómo voy a ir yo de electricista en un barco, pisha! –protestó el Melu.

-Joé, Agustín, que tú no vas a tené que hacé ná, que el barco es nuevo y eso no se estropea seguro. Tú te pegas quince días dando vueltas y haciendo como que revisas las cosas y cuando vuelvas a Cai te traes los bolsillos llenos.

Así que el Melu tragó. Y allá que se fue de jefe eléctrico en el barco cementero, santiguándose mil veces para que allí no pasará ná. Pero en cuanto el navío cogió altar mar, aquello pegó un traquío y se apagaron todos los motores. Ojú, que lío. El Melu no aparecía. Toda la tripulación buscando a ese tío y Agustín por ninguna parte. Hasta que a las dos horas, sabiendo ya que no tenía más remedio que dar la cara, se pegó dos manotazos de grasa en el mono y salió de su escondite. El capitán no cabía en sí:

-Hombre, Agustín, por dios, ¿dónde estaba usted? Que está el barco parado en medio del Atlántico y esto hay que arreglarlo como sea.

El Melu se cuadró y con mucha tranquilidad, sin inmutarse, le contestó:

-Mire usted, mi capitán, yo llevo dos horas dando vueltas por el barco comprobando todos los fusibles y todos los plomillos, los cables, los enchufes... Tó, yo lo he comprobao y tó, y después de tantas vueltas estoy en disposición de decirle a usted que esta avería no es del barco, es de la Sevillana.

Yo llevo varios meses yendo de Santa María a Santiago y de Santiago a Santa María, escuchando unas versiones y las otras, revisando papeles y estilos arquitectónicos, y después de tantas vueltas estoy en disposición de decir que esta avería es de la Sevillana. Que me traigan una palangana, que yo también tengo un Poncio Pilato dentro.



¿Quién no? Lo grande de Utrera es que hay dos templos con hechuras de catedral a un tiro de piedra entre ellos, algo que no se da en ningún sitio más. Y la pelea de quién es antes siempre se acaba con la misma cuenta. Antes es Dios. Antes es Jesús de la Vereda, el primitivo, que tampoco quiso mojarse, como yo, y eligió San Bartolomé.

En esa pelea sí me mojo porque yo no vengo aquí a dar coba. Vengo a sacar mi cruz de guía por la Corredera y a andar descalzo por los cristales. ¿Por qué hemos tenido que asistir a tantas afrentas ahí abajo si el poder verdadero es el del que va arriba?

Ay, Señor de las Veredas,  
cómo duelen por la espalda  
tu cruz entre las peleas  
y tus flores a la cara.

Hermandad es la enseñanza  
para esos hijos perdíos  
de los pleitos y las lanzas  
que se ajustan nuevas cuentas  
amoratándose el alma.  
Ay, Señor de las Veredas  
que llevas la cruz a cuestras  
de las rencillas más tristes,  
de las Angustias más viejas.  
Tú que tienes cirineo  
cargando con tu tristeza,  
diles que Simón se llama  
el hermano que te lleva  
tu pena de flor de nácar  
para que aprendan su nombre  
en las horas más moradas.  
Señor de la Piedra Hincada,  
Nazareno más antiguo  
de las veredas andadas,  
acaricia con tus manos,  
ésas de la cruz cuadrada,  
el carey de tus hermanos  
y perdona sus ofensas  
de críticas enredadas  
en tu nombre soberano.  
Seas Tú su capataz  
para llevarlos sin prisa  
hasta el “podéis ir en paz”  
con el que acaba esta misa.  
Mayestático carguero  
que llevas la cruz al hombro,  
perdóname si te nombro  
el peso de tu madero.  
Es que me hunde tu asombro  
bajo el lastre ahogadero,  
pues pesan más los escombros

que deja algún traicionero.  
Es tu corona de acacias  
afilaora de espinas  
del rosal de tus desgracias,  
pero cuando vas arriba  
en el despuntar del alba  
y el peso de la fatiga  
te humedece la mirada  
no existe en Utrera un judas  
que traicione tu zancada.

En la mañana de la muerte va amaneciendo tu rostro. Esa hora de color oloroso seco, tan temprana que aún es más de ayer que de hoy, se bebe tu cara de museo cuyo molde tiró el escultor al río. Dicen que los niños se desperezan con el cirio en la mano. Como si bostezara Dios mismo al madrugar su muerte y jugara al corro del tiempo. En ese despertar del madero vacío, del sudario sangrado, vienes tú por la Vereda con el lábaro triunfante, resucitado el mismo día de tu muerte, ay, la muerte, arrastrando el milagro del mundo. Sigues vivo Tú a la hora de tu funeral. Con la cara macilenta, anunciando males. Con el aliento leve, proclamando vapores. Y me acuerdo de lo que le dijo el “probe” del Peregil a Antonio Burgos una mañana, dolido ya el saetero en el último rejón de su plaza, arrastrando sus pesares sin vino de naranja que se los quitara. “Antonio, en Sevilla da gusto morir porque... ¡les escribes tú luego unos gorigoris más bonitos a los que la palman! Pero yo quiero que me escribas una cosa así ahora, para que la pueda yo leer, Antonio, hijo, porque estoy mu malito...”.

Una mañana de enero vi tu carita estrecha en tu altar, Señor de las Veredas, y me pareció escucharte lo mismo. Yo te escribo, igual que Antonio no podré, pero yo te escribo, no te preocupes. Pero llégame vivo a la Fuente para que pueda recitarte despacio este manojito de coplillas desde la torre de mi homenaje de este castillo de letras antes de que la tarde se amontille. Llégame vivo, Señor, que quiero decirte lo que no tiene advocación.

¿Cómo te llamo, Dios Santo,  
si me pregunto tu nombre  
y sólo escucho quebrantos?

Cuatro faroles de plata  
te alumbran esa fatiga  
de tu cara que me mata.

Hijo de Marcos Cabrera,  
guarda la brisa que viene  
a aliviarte tu cansera.

No hay nombre para tu cruz  
ni calle Ancha ni estrecha  
que comprenda tu trasluz.

Vas en silencio llorando  
y no levantas la vista  
del suelo que vas quebrando.

Utrera es tu Galilea,  
quintaesencia de los Viernes,  
mi Señor de la Verea.

Cuando asomas a la calle  
las manecillas señalan  
un siglo en cada detalle.

Qué tempranero el tormento  
que clarea la memoria:  
Tu ruina es mi yacimiento.

La túnica del gitano  
que te espera en su dintel  
por la mañana temprano

es el lienzo de tu piel,  
mi Señor samaritano,  
donde pintas sin pincel.

Vendes la pena a granel,  
aguardiente matutino,  
bota de mi moscatel.

Cielo de la Corredera,  
palio vivo de su llanto  
y tronco de su madera,

dale un pañuelo al Jesús,  
que trae la fuente en sus ojos  
y en su boca un repelús.

Se le han caído las hojas  
de la flores de su cruz  
al arroyo de las monjas

y ya no quiere lisonjas,  
quiere ángelas de nácar  
en la mañana más honda.

Dolor, Soledad y Angustias,  
tres nombres tiene tu pena  
y un sólo nombre tu lucha.

Virgen de las siete perlas  
que te caen por el rostro  
sin que Jesús pueda verlas.

Dime tú cómo le llamo:  
lo tengo siempre en la lengua  
y no me llega a los labios.

¿O no es tu hijo un milagro  
que en la muerte de los Viernes  
viene a la fuente llorando?

¿No es esa cruz una mancha  
que le encharca los ojillos  
y desborda el Calzas Anchas?

Angustias, tú cuatro y tres  
y tu Hijo tres y cuatro:  
vais llorando del revés.

Es vuestro llanto una cruz  
con las lágrimas de nácar  
sobre el hombro de Jesús.

Lleváis cambiado el compás:  
que diga Enrique Montoya  
si así se puede llorar.

Quejumbres del fatalismo,  
para Utrera vuestros ojos  
son su pila de bautismo.

Musa de Duque Cornejo,  
Madre de Dios, ¿por qué lloras  
lágrimas que son espejos?

¿Cómo nombro esa llorera  
que tu Hijo te refleja  
en tus moradas ojeras?

Estás llorando su muerte  
y Él viene vivo a tu puerta  
muerto de tanto quererte.

¿Hay rosas para que alfombre  
Tu apodo de la Vereda  
y este enigma nos asombre?

Se habrá muerto el primer Hombre  
pero el Nazareno vive:  
lo suyo no tiene nombre.

Tampoco tiene nombre la historia del caballo del paso de la Vera Cruz. ¿No la conocen? Yo la soñé una noche. Los sueños a veces son verdades que no se pueden tocar. Leyendas que el tiempo guarda entre los papeles hasta que un viento cualquiera los cruza en el duermevela para construir una historia que no es verdad pero que tendría que haberlo sido. Resulta que en la plaza del Arrecife debutó Curro con caballos en septiembre del 54. Las hemerotecas nos lo han contado todo sobre aquella tarde: la ganadería, los novilleros y que aquel muchacho de Camas había plantado allí las huellas de un largo idilio con la hermosura cuando bajó su mano y le echó cloroformo al mundo para llevarlo despacito hasta su muleta. Lo sabemos todo. Menos de dónde vinieron los caballos. Y eso es lo que yo quiero contarles hoy porque lo he descubierto soñando. Por eso estoy tan seguro de lo que digo. El caballo de Curro vino de Triana. Lo mandó la Esperanza





Marinera en su viejo “portaaviones”, que es como aquí llaman al paso arrabalero del Cristo de las Tres Caídas que heredó en el 72 la Hermandad de la Vera Cruz. Ya, ya sé que las fechas no coinciden. Pero yo les estoy hablando de un sueño, que es mi verdad, y de ese caballo no me baja nadie. Aquella tarde del 54 Curro debutó con el caballo del paso de Triana, que ya venía camino de Utrera. El Faraón se ató aquí a la columna del toreo, que tantos azotes le ha dado hasta proclamarlo salvador de la Fiesta. En esta tierra de vazqueños y cabreros, de vistahermosas y murubes en La Cobatilla, de guardiolas del Toruño, donde los pedrajas y villamartas ven el tren pasar para aprender a embestir por los raíles de esta cuna del toro. Lo he soñado. Y como también soy yo de esa religión del currismo que está reconocida hasta por los jueces, me lo creo. Por eso rezo ahora este par de sonetos del caballo de la Vera Cruz de la Tauromaquia. Sssshhh. Que ya se escucha el galope sobre el capotillo del silencio.

El último caballo de Belmonte,  
relincho de pureza de Triana,  
llegó con Vera Cruz de donde mana  
el pasmo del toreo y su horizonte.

Y viendo El Arrecife desde el monte,  
desbocado se bajó de su peana  
por ir a torear la más temprana  
del mayor faraón que un toro afronte.

Allí vio a otro Señor con un capote  
cargando con la cruz en cada lance  
camino del calvario en la muleta,

caballo que se mece en su derrote,  
el trote penitente en cada trance  
y Utrera el primer verso del poeta.

Hechuras de eccehomo en la capilla,  
el pecho por delante, el alma quieta,

el tiempo por detrás, la Historia escueta  
de media en la cintura de Sevilla.

Que viene, que se va, que se arrodilla  
la sombra que dibuja la silueta  
en lienzos del que pinta sin paleta  
el arte que da muerte sin puntilla.

Se va como la lágrima en el llanto,  
se queda en la escultura más armónica,  
esculpe eternidad cual relojero

si coge su capote como un manto,  
si luce como un paño su verónica  
y es la Resurrección Curro Romero.

Hablamos mucho de la eternidad y cuando la tenemos ante nosotros se nos va en un santiamén. Incluso la tratamos como una rutina. El Atado de San Francisco es para mí otro milagro cotidiano de nuestra manera de medir el tiempo. Sale a la calle dos días después que su hermano Aceitunero, el de la columna alta, y sin embargo va enhiesto ante los azotes que lleva padeciendo desde que el Miércoles comienza en Santa María el primero de los 39 latigazos a lacerarle las espaldas. En los atados de Utrera está el tiempo al revés. El primero que sale va vencido y dos días después se yergue para anunciarnos su perdón. Esa fortaleza es nuestra redención. Se viene arriba porque nos está salvando de nuestra incuria, del miserable abandono en el que lo traíamos desde el Miércoles. Por eso detrás su Madre detiene el mundo en la madrugada del Sábado para cambiar los Dolores de los latigazos por la Soledad de la sepultura. Otro milagro. Y otra respuesta que este pueblo nos da. Porque aunque la cambiemos de nombre, de saya, de manto, de palio, de varales, de cuadrilla, de gesto y de devoción, no hay más Virgen que María. Una sola. Esa que trajo al mundo al Hijo Perdido sin pecado concebida y que, como cualquiera de nuestras madres mundanas, rebaja la Pasión de su Hijo al simple reducto del amor sin fronteras, sin preguntas y sin prejuicios. Defiendo que el mayor



amor posible es entender que lo tuyo no te pertenece, que el único patrimonio cierto que puedes dar a tu hijo es su libertad. Sus propias alas con la materia de tus raíces. No se lo he dicho muchas veces porque tampoco nos hace falta decirnos nada, pero ahora que hablo de los Dolores de la Virgen ante la Virgen de los Dolores, que es la Madre de la Pasión de Utrera, quiero pregonarle una cosa a mi madre de mis carnes, la que me parió, porque en ella tengo la herencia de mi Fe y ella es mi Consolación, mi Ángeles, mi Amargura, mi Vereda, mi Paz, mi Desamparo, mis Lágrimas, mi Esperanza, mis Angustias, mi Dolores y mi Soledad. Madre, ¿quién no entiende a la que va bajo palio después de haberte comprendido a ti? Gracias por tu infinito amor de María. Gracias, Virgen de los Dolores, por cambiar la pena ante la pena de tu hijo siendo tú siempre la misma. Y déjame que coja compás para que cuadre yo tu prodigio solo por las calles mientras duer-

me la ciudad y están en desvelo tu vestidor, tus camareras, tu prioste y los candiles de tu puerta mientras te cambian las manos abiertas del viernes por esas apretadas del sábado, se cubren de encajes de luto tu manto y tu palio y en el tris en que se piden tres deseos meten a tu Jesús en la asombrosa y descomunal urna de los tiempos.

Viernes de dedos abiertos  
y el sábado entrelazados,  
manto áureo en el Atado  
y negro manto en el Muerto.  
Dolores del azotado  
y Soledad del incierto  
que una tarde va despierto  
y la otra rematado.  
Oro viejo de los tientos  
en el faldón adornado  
y por el palio calado  
un coladero de vientos  
que te bebes por tu amado,  
por tu Hijo derrotado,  
cuando va por el convento.  
Dolores del castigado,  
Soledad del firmamento,  
qué milagro tu lamento  
en una noche cambiado.  
Lo digo como lo siento:  
llevas dos crucificados  
y ninguno va enclavado,  
sólo a ti te lo consiento.  
Uno va desvencijado  
en tensión y sin aliento  
y el otro va friolento  
con el cuajo en los costados.  
Ay, Dolores, qué portento,  
ay, Soledad, cuán llorado  
llevas a Dios a tu lado

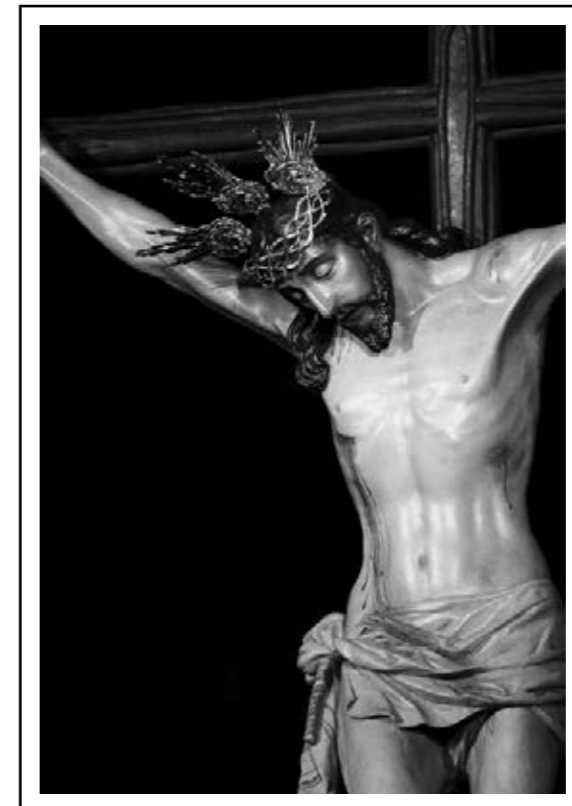
ahora vivo y luego muerto  
con el rostro destemplado  
o en su lecho amortajado.  
Qué noche, Madre, qué acierto,  
ponerte un cielo calado  
para el señor sepultado  
caminito del desierto.  
Musiquilla de azabache,  
tela de Guipur de luto  
y el látigo del más bruto  
que la Semana despache.  
Madrugada de los perros  
que aúllan en el vacío,  
qué noche, Madre, que frío,  
la noche de su destierro,  
qué velorio más umbrío  
y qué humilde poderío  
para llevarlo a su entierro.

Cuántas cosas se aprenden aquí. Se aprenden todos los dolores de la soledad de María, todas las penas del Jesús en su llanto. Y también se aprenden verdades como puños donde menos te lo esperas. En Gómez Mier, que es otra cofradía de penitencia de Utrera en la que hacemos estación los moyatosos, aprendí que éste es el único sitio del mundo donde dos hombres pueden contarse un secreto a voces sin que nadie se entere. Uno está en el fondo del mostrador, el otro entra por la puerta. En medio hay una bulla.

-Ey  
-Ay  
-¿Cómo queó la cosa?  
-Lo que tú me dijiste  
-¿Pero hiciste eso?  
-Claro.  
-¿Y ya está to?  
-Falta na más que lo último.

-Ea, po ya por lo menos...  
-Venga, tómate un vaso.  
-Échalo.

Así hablamos aquí también con Dios. Así le hablé yo por lo menos al Cristo de los Milagros cuando lo tuve de frente la primera vez en Santa María la Mayor y vi el milagro en sí mismo. El color de sus vecinos los aceituneros atado a su piel. La cara verde de la muerte absoluta, de la soledad de los olivares. La propia madera muerta hecha costilla cetrina. Confieso que ese verdor me estremeció tanto que me mató. Qué verdad más grande aquello que decía Picasso de que el tiempo también pinta. Por eso, muerto yo y muerto él, pudimos hablar cara a cara y en plata. Qué trabajito me costó confesarme con la muerte que tiene las carnes frías. No le grité, para no despertarlo, pero entre susurros nos dijimos nuestras cosas.



-Señor  
-Qué, hijo mío  
-¿Cómo va lo que te pedí?  
-Va como me pediste.  
-Por eso te llaman el de los Milagros.  
-El milagro está en ti, no en mí.  
-Gracias, Cristo, y acuérdate de lo que hablamos.  
-Tú reza lo que te dije.

Y en esa charla quedamos los dos en paz, él en su sufrimiento y en el mío, yo en mis inquietudes y en su misericordia. Tan en silencio como cuando va en procesión muda, triste y acallada, reverdecido por el sol yacente, cada Viernes de época vernal, en ceremonia ancestral y trantrán de muñidor, recuperando la memoria del viejo crucifijo perdido hace dos siglos por las criptas de la vida.

No hay más milagro que el del mismo Cristo  
en su soledad de párpados yertos,  
sangrando cirios, llorando lamentos,  
in ictu oculi, visto y no visto.

Te hablo con silencios que conquisto,  
te pido otro milagro en mis tormentos  
sin entender que en tus andares lentos  
está ya la tristeza de que existo.

Los siglos que perdimos en tu ausencia  
se guardan en lo verde de tus manos  
y viven en las penas de tus hijos,

que esperan tu mirada de clemencia,  
que son tu concepción, Cristo utrerano,  
y son también callados crucifijos.

Y así, con este pasito lento sobre los pies, he llegado yo hasta mi crucifijo definitivo, que es la Madrugada, que en mi memoria es la



Bernarda en una tarde de otoño. Quedé con ella en El Pintor porque quería que le hiciera un favor. Su sobrino Luis no me dejará mentir. Cuando llegué, me dijo la gitana: “Sobrino, ¿por qué no me llevas a San Lorenzo a ver al Gran Poder para que le rece por mi hermana?”. Ya tenía loco a su Gitano de Utrera y al Jesús y al Cautivo...Los tenía locos a todos. Así que fue a buscar misericordia por ahí. Cuando llegamos allí, no había nadie en la basílica. Ella avanzó hasta el altar y se puso ante el que manda en Sevilla. Besó la estampa de Lola Flores que llevaba en su cadena y cantó una saeta que por la gloria de mi madre todavía me hace daño. Fernanda se murió al verano siguiente. El Gran Poder pensó que era lo mejor para ella. Y yo desde entonces, cada vez que voy a ver al Soberano de Juan de Mesa, me acuerdo de los gitanos de Utrera. De cuando en la negrura de la noche abillela el Cristo “chiquetito” pero firme de los clavos y las alcayatas al pie del balcón del Chacho Diego Jiménez y de la Chacha Juana, y empieza ese gitano viejo, el más viejo que queda, a naquerarle las cositas de los batos, las duquelas de sus acais, y el Hijo Perdío se acuerda de Manolo Peña el padre y Joselito el del Águila remando en sus galeras mientras escuchan en el martillo el alarido que la Fernanda le gritó a su hermana desde la azotea de un rascacielos de Nueva York, sólo una planta más abajo de donde ahora deben andar de fiesta: “Dios mío, ¿dónde

está Utrera?”. Está en el semblante yerto del Gitano que vence a los puñales de la puerta y pasma a las palomas de las volutas. En la carita exangüe de Ése que va en una cruz de palosanto de bajañí y canta sin lache su derrota porque ésa es nuestra victoria. Está en esa queja lastimera y quebrada por el silencio de estas coplas manriqueñas que van a dar a la mar, que es el morir, que ahora me salen a mí de las entretrelas como si me hubiera poseído el eco del Chacho. Venga, que me voy a templar.

Por veredas de lunares  
y caminos de abanicos,  
dando viento,  
se llega hasta los pesares  
del compás que se hace añicos  
en tu aliento.

Patriarca de la Pasión,  
el quejío es tu derroche  
más aciago.  
Negra cara de carbón  
que es más negra que la noche  
de Santiago.

Cristo de la bulería  
con la sangre en los nudillos  
doloridos,  
soniquete de ambrosía  
y maja de los lebrillos  
del sonido.

Chacho Dios de la intemperie  
con el compás de los muertos:  
la mudez.  
Chavorró de duelo en serie  
que vas en tu escarnio yerto  
de embriaguez.

Pena de los vendedores  
de estrellas de contrabando  
de la plaza,  
tú vienes vendiendo flores  
y los bastones de mando  
de tu raza.

Te mataron en Barbastro  
al fusilar al beato,  
tu Pelé,  
y vendieron en el rastro  
la estampa de tu maltrato,  
mi Undibé.

Por Ceferino es tu cante  
de las astillas de Ocampo  
sin autor,  
cuando vas, ya sin aguante,  
a trabajar en el campo  
del dolor.

Afillao es tu lamento  
y mohosas tus duquelas  
sin templanza,  
tu eco dura un momento  
por la oscura callejuela  
de Esperanza.

Los metales de tu grito  
se despeñan al vacío  
y pierdo tono.  
Eres la regla y el rito,  
eres el hijo perdido  
que pregono.

En coplas de un ay quebrado,  
andando sobre los pies  
y de frente,  
afinas crucificado  
esta letra de ciprés:  
Buena Muerte.

Voy detrás de Ti, Señor, a buscar de puerta en puerta las coplas de los juncales para echármelas como manojos de sal en mis heridas, cantando a la buena muerte de los ecos de esta tierra, para que los metales viejos de Mercé, las Niñas, Rosario la del Colorao, Bambino, el Cuchara, los Perrates, Enrique Montoya, el rey Gaspar, las Angustias de Manuel y la miel de Curro te cuenten la cadena perpetua que tengo por quererte desde mi presidio de Sevilla, Esperanza de los anticuarios de Jerez que, como la Serneta, viniste hasta este cahíz a encontrar la sangre de tus encías llorándole a tu Hijo Perdío por soleá. Tres lágrimas en una mejilla y dos en la otra. El compás de los gitanos de este paraíso en tu llanto. Un, dos, tres, un, dos, tres, un, dos, un, dos, un, dos. Ole tú, esperanza cantaora. No voy a darte ojana porque ni Tú ni yo nos la merecemos. Pero desde la celda de mi Madrugada sevillana, que tantas veces me ha separado de ti, Madre calé, te digo ahora cantando las cosas de tu pueblo:

Cuando llega la noche,  
tu pesar desemboca,  
en canción sin palabras,  
amarilla y doliente.  
He comprao tres puñales  
para que me des la muerte.  
Veinticinco calabozos  
tiene la cárcel de Utrera,  
veinticuatro llevo andaos  
el más oscuro me queda.  
Llevo casi un siglo  
con tu nombre en la boca,  
y jamás lo pronuncio



delante de la gente.  
Ahí está la pared  
que separa tu vida y la mía.  
El día que nací yo  
qué planeta reinaría.  
Ay, señorita.  
Estrella de plata,  
la que más reluce,  
por qué me llevas  
por este calvario  
Llenito de cruces.  
He comprao tres puñales  
para que me des la muerte  
y ahí está la pared  
que no deja que nos acerquemos  
dejando mi primavera  
en árbol de penas verdes.  
Ante la gente yo oculto mi derrota,  
soy un payaso con cara de alegría,  
pero llevo por dentro el alma rota.  
Carcelero, si me muero,

que no me tapen la cara,  
que he compraó tres puñales  
para que me des la muerte,  
señorita,  
y me encuentres cara a cara,  
gitana, de cuerpo presente.  
Esa maldita pared  
yo la voy a romper cualquier día.  
Cuando se marcha la noche  
me pregunto a dónde vas  
y en mis tinieblas me quedo  
sólo con mi soledad.  
Cualquier diíta menos pensao...  
yo que conozco tus años  
y tu pena infinita,  
señorita,  
y que en medio de la noche  
me pierdo en la penumbra  
con mi risa y mi llanto,  
tendré el gusto tan colmao  
cuando te tenga a mi vera  
que si me dieras la muerte  
creo que no la sintiera  
aunque no soy de madera  
y tú me pegas bocaítos  
como si no me doliera.  
Tú que tan sola y ojerosa,  
con rabia dolorosa,  
vendes alhucema  
que se adentra en la sangre  
como una rosa de nieve,  
tú de la Utrera campera,  
ésa que me da la muerte,  
donde el campesino  
saluda al cruzarse  
igual que hace un siglo,

la que compra tela por metros  
y luego la vende por varas,  
la que haces que me den despierto  
la una y las dos  
mientras yo me voy clavando  
como tres puñales  
las dos manecillas  
que tiene el reloj,  
tú, señorita gitana,  
condenaíto me tienes  
a tu sinvivir  
y hasta el agüita que bebo  
te la tengo que pedir.  
En la ley que profesamos  
tú me quieres, yo te quiero,  
pero nunca nos hablamos.  
Gitana de tus hechuras,  
con lo que yo te camelo  
y mi mal no tiene cura,  
yo nunca a mi ley falté  
y en todos los calabozos  
yo te tengo tan presente  
como la primera vez.  
Tres puñales he compraó  
para que me des la muerte.

Y ahora te canto yo lejos de la calle Nueva, atravesado por el acero de tu “mirá”, un romance de espinelas de mi antigua junta de clavería del tres por cuatro, doce, libre ya de la cárcel bendita de este pueblo. Porque ya he “andao” todos los cuartos y el más oscuro me “quea”. El de mi soleá contigo y conmigo mientras las carmelitas asoman sus manillas dolorosas por la celosía del convento para constatar que huele a pan nuevo cuando llega Tu mañana. Me queda todavía el cuarto de mi olla de frijones, éste que te canto con falsetas de Diego del Gastor en mi nostalgia de vihuelas a cuerda “pelá”. Que ya estás aquí, que no queda nada, que ya está planchado el pregón y voy a de-

jarlo colgado en tu puerta. Que ya termina esta salía y ahora empieza el cante. Faroles de Cruz de Guía de la Trinidad, alumbradme el camino de la Esperanza, que por él vine y por él me voy para quedarme. Ea, cristianos, vamos a escuchar.

La fuerza de los corales  
de gitanos sin adornos  
es candela de los hornos  
de los cuartos de cabales  
con sus saetas fatales.  
Es toná de la mañana  
y de noche la serrana  
que cierra la seguiriya  
que le cae por la mejilla  
a la Esperanza gitana.

Madre nuestra que verdeas  
el altozano más viejo,  
en tu yunque yo me quejo  
de lo jondo que golpeas  
y de cómo martilleas  
el sabor de la solera.  
Gitana vieja de Utrera  
con enaguas y volantes,  
tus manos bailan desplantes,  
Esperanza canastera.

Eres romance bohemio  
y flor de las gitanillas  
y un pozo jondo sin agua  
el hoyo de tu barbilla.  
En tu gemido entreabierto  
van los suspiros, chiquilla,  
bailando tangos de patios,  
y cantos de Rumaikiya  
escritos sobre tus labios

al son de tus mariquillas.  
Morena de los flamencos  
de pelo negro moruno,  
buñolera del lamento,  
canela de los ayunos,  
eres vareta que trenza  
los colores aceitunos  
de las canastas de fiesta.  
Eres romance de vida  
y cancionero que entona  
el cante grande que anida  
en el sol de tu corona.  
Gitana de delantales,  
del Manué eres la matrona  
y ahora vendes hierros viejos  
con esa voz que pregona  
cantiñas de los Pinini  
por las radios de cretona.  
Hueles a aceite y jazmín,  
a pololos de la aurora,  
y entre el verde y el añil  
de tu manto y la mañana  
sientes los vientos de abril  
en la calle Nueva al alba  
con café de aguamanil  
y pucherete en la cara  
cantando la alboreá  
de la Utrera que se casa  
con la garganta afillá  
de Fernanda y de Bernarda  
en tu boca virginal,  
gitanita de Esperanza.  
Eres debla torrencial,  
la malagueña que amansa,  
el fandango natural,  
la bambera y la liviana,



el taranto y la toná.  
Eres bata de Manuela,  
la falseta de pulgar,  
la cruz de Antonio Mairena,  
el reniego de Tomás,  
y los peines de Pastora  
con el Beni echando sal  
al hipo de Manuel Torre  
y al roete de Coral.  
Eres Montoya y Cortés,  
Heredia, Carrasco y Vargas,  
Ortega, Reyes, Guanté,  
Pavón, Salazar, Amaya,  
Méndez y Monge también.  
Soto, Barrull y Peña,  
De los Santos, Macandé.  
Eres Flores, mi gitana,  
qué apellido más calé  
te va cayendo en el palio  
sin que lo puedas oler.  
Eres pétalo de luna,  
de la solapa el clavel,  
eres azucena abierta  
como un encaje de miel  
que te germina en el pecho  
y se deshoja en tu piel.  
Eres la buenaventura  
de las palmas que acompañan  
despacito y con mesura  
al porvenir cuando baila.  
Eres romero y tomillo,  
dulce de crema y de nata,  
soniquete del martillo  
que hunde de madrugada  
la simiente en el mantillo  
de las macetas de lata

que quisieran estar hechas  
del metal de la Perrata.  
Eres puchero que hierve,  
un potaje con laurel,  
un sueño de ropavieja  
con las sobras del ayer.  
Yo no sé qué es lo que eres,  
yo no sé qué ni lo que sé,  
pero sé que soy gitano  
si tú me miras, mujer.  
Soy gitano perseguido,  
churumbel de tu migrar,  
el chaval sin rumbo fijo  
que no sabe a dónde va  
porque quiere ser tu hijo  
y dolerse en el caudal  
de tus ojos anegados,  
mi marinera racial,  
y echar el ancla en tu queja  
ahogado en tu vendaval.  
Ahógame, marinera,  
que le he pedido el barquito  
al Consuelo de tu tierra  
para navegar tus calles  
por el mar de mi conciencia.  
Con tu manto he hecho las velas  
para llegar al olivo  
del huerto de la Vereda  
y entrar en Jerusalén  
llegando desde la vega  
a buscar la Quinta Angustia  
con la muerte que me espera.  
Levo tu ancla, gitana,  
que este barquito me lleva  
por las olas del camino  
a su santuario mudéjar

para ver a Cristo vivo  
expirando en su madera.  
Y a babor los rabanitos  
y a estribor la olivarera  
y por la proa el Cautivo  
silenciando la marea  
que trae la Trinidad  
cuando ejerce de albacea.  
Ahora vira a sotavento,  
mi virgencita barquera,  
que nos espera en su templo  
tu Buena Muerte flamenca,  
ese dolor de tus carnes  
donde el barquito fondea  
y se raja tu velamen.  
Por la popa ya clarea,  
está saliendo a la calle  
el que encalla las veletas,  
el Nazareno del tiempo  
que para el viento en la tierra.  
Tu bitácora me marca  
en mi cuaderno de guerra  
que el portaaviones me gana,  
he perdido la contienda.  
Es un milagro de Cristo  
-que la concepción me entienda-  
que no achique en el barquito  
las aguas de mi condena  
cuando meten a los muertos  
en la urna más joyera  
que naufraga en este puerto.  
Qué singladura más bella  
con mi rosa de los vientos  
de arboladuras de estrellas  
y brújulas de estraperlo.  
Han hundido tus achares

mi línea de flotación  
y el mejor de tus ajuares,  
Madre de Consolación,  
es el barco de los mares  
que ha sido mi salvación  
a compás de soleares.

En mi llanto de andarrío  
se quejan los más juncales  
y dan los cayos reales  
un grito de escalofrío  
buscando al Niño Perdío.  
Escúchame, soleá:  
si mi pregón no es verdá  
y no vengo más a verte,  
que Dios me mande la muerte  
si me la quiere mandá.



En la tierra de Serafín y Joaquín,  
buscando por las esquinas los ecos de la Serneta,  
a las horas claras de la calle Nueva del 22 de marzo de 2015.





Consejo de Hermandades y Cofradías  
Utrera



AYUNTAMIENTO  
UTRERA